

haro tecglen

EL «STATU QUO» DE LA BOMBA

En el año 1963 el Presidente Kennedy explicaba por qué no podía dormir. La idea de que en el año 1970 pudiera haber «diez potencias nucleares en lugar de cuatro, y hacia 1975 quince o veinte», le quitaba el sueño. Con estas declaraciones se iniciaba la campaña pública de la «no proliferación» que hace unos días —el 5 de marzo— ha conocido un episodio importante: las tres ceremonias simultáneas en Moscú, Londres y Washington de depósito de los instrumentos de ratificación del tratado. Se han conseguido que en lugar de las diez potencias atómicas que temía Kennedy no haya más que cinco en 1970. Una más que en el momento de su declaración, y precisamente la más temida por Washington: China. China y Francia son las dos naciones atómicas que no han participado en esta ceremonia. Es uno de los aspectos insatisfactorios de la cuestión. No aceptan el principio de la «no proliferación».

Otros países manifiestan sus reservas. El tratado de no proliferación ha sido firmado en estos años de negociaciones por 92 países, pero sólo 47 lo han ratificado. La idea de contener el arma nuclear en sus actuales límites geográficos está lejos de ser considerada como justa por todo el mundo. Para algunos países, la fabricación de bombas atómicas, sobre todo en cantidades y calidades competitivas, es prácticamente imposible de realizar. Para éstos, la firma del tratado y su ratificación es fácil. Otros países son renuentes. Depende de su proximidad o su lejanía a la bomba, y también de sus conflictos propios. India y Pakistán, por ejemplo, enemigos entre sí, con fronteras peligrosas, no han firmado. Tampoco ha firmado Israel. Ni África del Sur, Brasil y Argentina. Todas ellas son naciones con posibilidad de construir bombas atómicas. Se ha dicho de Israel que la tiene ya, fabricada y almacenada,

dispuesta a ser utilizada, y que es su última arma sansónica para el caso de que estuviera realmente en riesgo su existencia como nación. Otras naciones con posibilidad nuclear que han firmado el tratado, pero que no lo han ratificado todavía son Alemania occidental, Japón, Suiza, Australia, Italia, Bélgica y Holanda. Alemania occidental, como se sabe, ha sido la causa principal de que las negociaciones para el tratado hayan durado siete años. La democracia cristiana se resistía a ceder lo que consideraba parte de la soberanía y de la seguridad del país: la posibilidad de estar tan armado como el que más. Para la Unión Soviética era fundamental la firma de Alemania Federal. Su ratificación del tratado ha estado contenida hasta que Bonn ha cambiado de actitud, especialmente por la caída de la democracia cristiana y el ascenso al poder de la social-democracia. En cambio, la República Democrática de Alemania ha firmado y ha ratificado el tratado, teniendo posibilidad industrial y científica para construir la bomba. Lo ha hecho por seguir las razones políticas comunes del bloque del Este. Otros dos países en las mismas condiciones industriales y científicas han firmado y ratificado: Suecia y Canadá. Forma parte de su política de pacifismo. Las reservas de los otros países europeos citados procede no tanto de su doctrina militar, sino de la económica y la científica. Temen que aceptar las prohibiciones y limitaciones del tratado para la manipulación de la energía atómica les impida el pleno desarrollo de ésta para fines pacíficos.

Las posiciones más radicales son las de Francia y China. Francia, llegada tarde a la carrera atómica, ha sostenido siempre que necesita el arma como «disuasión» para evitar cualquier ataque posible; pero, sobre todo, hay una razón de orgullo nacional, de degolismo. Sin renunciar a su derecho a tener asiento en las conferencias internacionales sobre este tema, no ha acudido nunca a ellas. Su tesis es que en el momento en que las naciones atómicas renuncien totalmente al arma, destruyan sus arsenales y renuncien a la construcción de nuevas bombas, ella hará lo mismo. China, por su parte,



Hiroshima destruida por la bomba atómica. Cualquier paso, cualquier tratado —por modesto que sea— para impedir la proliferación de armas nucleares, es siempre positivo.

EN PUNTO

fue excluida torpemente de las primeras negociaciones en razón de su no existencia oficial. Hoy se considera amenazada por dos potencias atómicas, cree que éstas no vacilarían en lanzar sobre ella sus proyectiles y prefiere tener, como Francia, un arma de respuesta disuasoria.

El hecho de que las cinco naciones atómicas del mundo sean precisamente las que al terminar la segunda guerra mundial fueron llamadas «cinco grandes» parece indicar que había algo más que retórica en aquella denominación y que, efectivamente, se ha tratado de una hegemonía práctica en los asuntos del mundo, aunque a lo largo de los años cada una se haya emplazado en un lugar mejor o peor respecto a las demás. La congelación del armamento atómico en su lugar actual supondría, y ésta es la principal crítica al tratado, en la perpetuación de una «sociedad de clases» entre las naciones. En dos grandes grupos, estarían las naciones de primera, poseedores de la bomba, y las de segunda, condenadas a no tenerla. Pero el primer grupo se podría matizar más aún. La bomba británica está paralizada —según se cree— hace años. A la de Francia le falta infraestructura para ser realmente operativa. La de China, aunque los experimentos avanzan a una enorme velocidad —y ha superado ya, en poco tiempo, a las bombas más «viejas» de Francia y Gran Bretaña— no es en este momento una amenaza directa para los otros «grandes». Es decir, la congelación en el estado actual dejaría al mundo a merced de los dos grandes superpoderes atómicos, la URSS y los Estados Unidos. No es de extrañar que hayan sido estos dos países los principales promotores del tratado de no diseminación. La versión china concuerda con la francesa (degollista): Moscú y Washington, por medio de este tratado, «tratan de mantener la hegemonía de dos potencias nucleares únicas para poder colaborar entre sí en el dominio del mundo».

Una serie de acuerdos mutuos entre la URSS y los Estados Unidos contribuyen a dar esa sensación. La prohibición de utilizar el espacio exterior para colocar y ensayar bombas; la limitación de experimentos a zonas subterráneas, para evitar la polución de la atmósfera; las negociaciones para considerar zonas desnuclearizadas algunas partes del mundo, y, en fin, las negociaciones para la limitación de armas estratégicas iniciadas con tan buen éxito en Helsinki y a punto de continuar, suponen los esfuerzos mutuos de los dos países para no constituir una amenaza el uno para el otro.

Caben pocas dudas de que es satisfactorio el hecho de que se aleje la posibilidad de una guerra apocalíptica entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, posibilidad cuya inminencia amargó las vidas de las generaciones de la posguerra y que no está aún excluida. Caben pocas dudas, también, de que es deseable que las pequeñas naciones conflictivas del mundo carezcan de un arma de efectos ilimitados: Imaginemos lo que sería ya el mundo si todos los conflictos considerados menores de la posguerra se hubiesen desarrollado con armas atómicas. La tesis de Kennedy y de Kruschchev de que la diseminación del arma atómica es una amenaza para la paz mundial es poco discutible. Representa una realidad objetiva. En este sentido, la ratificación del tratado, y las ratificaciones posteriores que han de venir, puede con siderarse como hechos positivos y satisfactorios, aunque no pasen de una cierta modestia.

Pero no es fácil sustraerse a la impresión de desagrado y de inquietud que produce la sombra de ese imperio bicéfalo sobre el mundo. No es fácil olvidar que la construcción del mundo sobre dos naciones poderosas, como supone este tratado, está probablemente en la línea histórica del predominio de la fuerza, pero rompe definitivamente todos los sueños de democracia mundial, de supranacionalidad, que se esbozaron a partir de la carta de San Francisco y de la creación de las Naciones Unidas. El «statu quo» del mundo que consagra el tratado está muy lejos de representar una forma de justicia.



Willy Brandt y Willi Stoph, el diálogo de las dos Alemanias.

LAS DOS ALEMANIAS

Protocolo y política

La fecha del 16 de marzo se retiene aún como la probable para la cita entre los dirigentes de los dos Estados alemanes: Willy Brandt, por la República Federal, y Willi Stoph, por la Democrática. Sin embargo, las conversaciones preparatorias están siendo difíciles y delicadas. Cubren asuntos protocolarios que, en realidad, tienen aspecto político o podrían ser explotados en ese sentido. Willy Brandt pretendía dirigirse a la entrevista a través de Berlín Oeste. La República Democrática Alemana se opone a ese itinerario porque supondría la admisión de que Berlín Oeste forma parte de la República Federal, idea que siempre ha rechazado. Sin embargo, Brandt se niega a aceptar en principio otro itinerario obligado, porque, a su vez, supondría admitir que Berlín Oeste no está bajo su mandato... Se estudian minuciosamente los emplazamientos de las estaciones de ferrocarril y los aeropuertos para

llegar a una solución ideal de compromiso, que llegase a la utopía de que Brandt estuviese y no estuviese, al mismo tiempo, en Berlín. Brandt ha aceptado la idea de pasar revista a una guardia militar de honor de Alemania del Este. Su oposición se lo reprocha: dice que de esta forma Brandt saludará y será saludado por los mismos soldados que disparan contra quienes quieren traspasar el Muro. La prolongación de estas controversias puede alterar la fecha de la cita, pero no el principio mismo de la cita. Se supone que, en cualquier caso, los dos dirigentes alemanes se encontrarán antes de Pascua y que precisamente uno de los puntos de su conversación puede ser el de una gran libertad por las dos partes para que la frontera entre los dos Estados, especialmente en Berlín, se permeabilice para las tradicionales visitas de Pascua entre familiares de los dos lados.

Austria - R. F. A.

LA EUROPA DE LAS SOCIALDEMOCRACIAS

El triunfo electo al del socialismo en Austria parece corresponder muy exactamente al de la social-democracia en Alemania del Oeste, con Willy Brandt. Bruno Kreisky, jefe del partido socialista austríaco, tiene muchos puntos en común con Brandt, y los dos partidos se caracterizan, igualmente, por su alejamiento de los principios marxistas, de sus ya olvidados días fundacionales y por su respeto al capital. Como para subrayar esa identidad, el victorioso Kreisky se ha apresurado a declarar, tras su elección, que no entablará relaciones diplomáticas con

Alemania del Este para no obstaculizar con ello la actual política de Alemania Occidental. Muchos observadores sospechan que los viejos paralelismos Alemania-Austria (Hitler era austríaco y realizó, en Anschluss, la unión de Austria y Alemania bajo el signo nazi) no han cesado jamás y que en el futuro, si las presiones internacionales llegasen a desaparecer y los dos países fueran realmente libres de sus propias decisiones, llegarían otra vez a unificarse, desequilibrando Europa. Otros observadores, en cambio, creen que los progresos de los par-